

¿EL FIN DE LA HISTORIA?



Más de una vez me he preguntado cómo es posible que el ser humano —me resulta demasiado fuerte decir especie— no se haya extinguido en la tierra por simple autodestrucción. Me parece un verdadero milagro. Se desprende así, entre otras muchas investigaciones, del extenso y complejo “Estudio de la Historia”, de Arnold J. Toynbee y de la acertada afirmación de Churchill de que la “historia del mundo es la guerra”.

Para los que tenemos el vicio de leer y el hábito —por escaso que sea— de pensar, el hecho se ofrece con espléndida claridad. Desde el principio de los tiempos en que surgió la existencia de estos extraños y contradictorios seres que somos, no hemos dejado de agredirnos y matarnos, desde Caín a las inacabables, crueles y virulentas guerras que aún subsisten —¡quien lo diría!— en pleno siglo XXI, el supuestamente más culto y civilizado de todas las épocas.

Eso sí, de los rústicos o improvisados instrumentos utilizados en principio, el “progreso” nos ha dotado de sofisticados misiles y potentes bombas —nucleares o no— con capacidad para devastar grandes ciudades, extensas zonas e impedir, incluso, la vida de forma casi indefinida con la radioactividad.

Pero lo inquietante, lo estremecedor, con raras excepciones —si existen— es que la causa, el motivo, no viene provocado por una necesidad de subsistencia, como ocurría con la primitiva caza de animales y con su disputa, sino por dominar y someter a otros; por la ocupación de los terrenos ocupados por el vecino o el señalado como enemigo para apoderarse de sus materias útiles, sin considerar que el suelo que nos soporta es de todos o no es de nadie. En otros casos se ha actuado como dominadores y protegiendo inventados privilegios o ventajas, ya de invasiones, de comercio, o para impedir al más débil superar su inferioridad, casi siempre impuesta o nacida de unas condiciones adversas.

Resulta curioso que hasta lo inimaginable pueda ser excusa para la lucha y el ataque, sobre todo cuando algo no sea material, como ocurre en las guerras de religión o de ideologías políticas. De hecho, como ayer, sucede hoy. Cuando Jesús entró en Jerusalén, con aclamación y entusiasmo de la multitud, los aplausos no eran para el Hijo de Dios sino para el que creían libertador del reino de Israel. Nadie pensó, ni incluso los suyos, que más tarde huyeron y se ocultaron despavoridos, que el verdadero Reino de Él no era de este mundo (Juan 18.36), como también dudaron de su resurrección, hasta que le vieron. (Marc 16.11.13.14).

Un pueblo que conocía lo anunciado por tantos profetas, menores y mayores, no solo no acertó a reconocer al Mesías sino que hasta contribuyó y pidió su muerte, con olvido de la historia propia y del contenido del Libro Sagrado.

Con la excepción de unos pocos, todos perdieron lo que había sido una simple ilusión que hoy llamaríamos política —el deseo de la libertad e independencia de Israel—, sin ser capaces de descubrir y reconocer lo real y verdaderamente importante: la salvación en el auténtico Reino de Dios, no la posesión o conquista de parte de este minúsculo trocito de materia que es la tierra, de este mínimo objeto cósmico, con segura fecha de caducidad en un futuro cuya proximidad o lejanía desconocemos. Jesús así lo había predicado, con reiteración, por todo el país, recorriendo pedregosos caminos, sudoroso y lleno de polvo, pero con voz clara y persuasiva.

Y aún todavía nos olvidamos de que vivimos y sufrimos, de forma transitoria, en un lugar —frágil y peligroso— que no es nuestro reino. ¡Seremos torpes! Por suerte nuestra, Él posee inagotable memoria y un día nos alargará su fuerte y cariñosa mano, para elevarnos hasta donde nos tiene reservada permanente acogida. Y ahí se acabará la historia —la personal al menos— que Fukuyama había dado por terminada para toda la sociedad, como consecuencia de cambios que, en realidad, no se han dado ni es posible que se den mientras no se escuchen, se entiendan y se cumplan, las palabras expresadas por aquella voz inimitable de Jesús, en el monte o a orillas del mar, con las que nos dirigió su mensaje de redención.

Miguel Molina Rabasco
Semana Santa 2017